

y su alma, desde entonces espantada,
jamás volvió á pensar en rebeliones;
que en muchas ocasiones
nuestra vida, maestra consumada,
prueba con sus lecciones
que enseña más moral una estocada
que Fray Luis y Bossuet con sus sermones.

IX

Mientras llega el momento
en que, juzgado Juan, vea contento
que, en lugar de su hermano sentenciado,
ó sólo va á presidio, ó es fusilado,
diré que en la batalla dió la suerte
la razón al más fuerte,
pues, aunque ya decía Saladino
que no calla la sangre que se vierte,
como un torpe dramático, el destino
lo suele arreglar todo con la muerte.
Y así tras largas horas de agonía,
con tanta destrucción y tanto muerto,
haciendo de Madrid en aquel día
una gran catacumba á cielo abierto,
puso al motín remate
O'Donnell, que sabía
que entre todas las armas de combate
protege siempre Dios la artillería;
y altivo, fiero, y por valor sañudo,
con el cañón ensangrentó la tierra,
porque era la divisa de su escudo:
«Paz en la paz, pero en la guerra, guerra.»

X

Tal fué el gran Duque de Tetuán primero,
quien, cortés, valeroso y caballero,
las serpientes ahogó de la anarquía,
amó la libertad como Espartaco,
y en santa unión para formarle un día
dió su cuerpo Escipión, y su alma Graco.

XI

Como es caso olvidado por sabido
que no hay enterrador como el olvido,
midiendo á todos por igual la suerte,
se durmió el vencedor con el vencido
en el común regazo de la muerte:
y el hecho aquel, cuyo recuerdo aterra,
acabó, como acaba toda guerra,
que se entierra al final, ó no se entierra
en lugar del amigo al adversario;
trabajo innecesario,
pues de todas maneras en la tierra
lo que no es cementerio es un osario.

XII

La gloria y la ambición no tienen cura:
y el que haya un vencedor frente á un vencido
excluye de la tierra la ventura;
pues ¿qué es nuestra ambición? Una locura;
y nuestra gloria ¿qué es? Ruido y más ruido.
Siempre es menor del alma la grandeza
que la miseria en que se ve abismada;
porque ¿en qué acaba todo? En la tristeza;
pero ¿y después de la tristeza? ¡En nada!

CANTO V



I

Después del día en que terriblemente,
por la espalda una vez, y otras de frente,
se mataron los hombres á millares,
la lluvia indiferente
fué llevando la sangre al Manzanares,
y el río se fué al mar por la pendiente;
y antes de la llegada
del silencio que sigue á todo ruido,
y después de aplicada
la moral vencedora «¡ay del vencido!»
acabó nuestro Juan en presidiario;
pues el hado enemigo,
llevándolo hasta el fin de su calvario,
lo hizo mandar á Ceuta por castigo
al primer batallón disciplinario;
y es fama que su fama de asesino
por su hermano arrojó noble y sereno,
pues cuando un blanco, como Juan, es bueno,
ese blanco es un negro del destino.

II

Había en Ceuta una fatal Roseta
que, adiestrada en amor por un tal Nelo,
en el cuartel del Fijo echó discreta
la caña de pescar de sus encantos,
siendo Juan el primero que, entre tantos,
picó como un mal pez en el anzuelo.
Juan, con el alma inquieta,
engañado tal vez por su deseo,
creyendo que Roseta,
hermosa valenciana con *seseo*,
se parecía un poco
á su novia María,
con honda idolatría
la adoró como un ciego y como un loco,
y ella, hasta el fin artera,
por Juan idolatrada,
se empeñó en olvidar que era casada
y se dejó obsequiar como soltera.

Valenciana notable
por el subido azul de sus ojeras,
tiene un alma irascible y entrañable
que sabe amar y odiar como las fieras.
Roseta, que servía
á un criado de un Duque de Gandía,
aunque huertana y gruesa, era tan bella
que no se hallaba en Cádiz ni en el Puerto
una mujer más andaluza que ella
por la sal que vertía;
y si alguno dudase de mi aserto,
que suba al cielo, y le dirá si es cierto
el sol, que es natural de Andalucía.

III

Era Nelo un gentil aventurero
que con el alma para el mal nacida
fué el que á Roseta administró el primero
el bautismo de fuego de la vida.
Roseta, desposada con Segundo,
se quedó como muchas en el mundo,
no por causa del cura, mal casada;
y aunque era religiosa á su manera,
de veinte se cansó de ser soltera,
y casada de un mes se halló cansada.
Y Nelo, acaudillando
cierta mañana un enemigo bando
de turcos españoles con careta,
robó á Roseta antes de entrar en misa;
y es fama, aunque lloraba, que Roseta
se dejó secuestrar muerta de risa.

IV

En Valencia á un Manuel le llaman Nelo,
y el Nelo de quien hablo,
siendo mejor que el diablo,
es un poco peor que Maquiavelo;

pues el traidor, lo mismo
que lo pudiera hacer un abogado,
sabía dar de lado
al Código penal y al Catecismo;
y siendo un presidiario sin grillete
que ardoroso, y con hábitos sensuales,
no tiene más que siete
de todos los pecados capitales,
hace pensar su tez amarillenta
que en su sangre hay más bilis que fibrina,
y en su boca se ostenta
la sonrisa feroz de un Catilina;
y malo desde el día que ha nacido,
si nunca roba, con frecuencia mata,
y siendo más pirata que bandido,
es más contrabandista que pirata.

V

Ya venían de fuera
á España á veranear los ruiseñores,
y empezaba á inquietar la primavera
con sus linfas turgentes á las flores;
y más que aquí, ya en Ceuta se sentía
la atmósfera templada
del aliento fecundo de aquel día
en que salió la tierra de la nada,
cuando Nelo, encargado
de una misión secreta,
fué el que en su barca de pirata honrado
llevó á Ceuta al marido de Roseta.
Mas ésta, que á Segundo no quería,
llamándolo hacia sí ¿qué pretendía?
Lo ignoro, porque tengo la evidencia
de que, aunque sea joven por derecho,
según dicen mujeres de experiencia,
todo marido es un anciano de hecho:
y creo en consecuencia
que al llamar al esposo aborrecido,
Roseta, que algún día
para ser libre se casó en Gandía,
hoy piensa hacer matar á su marido
para hacerse más libre todavía.

VI

Ya indiqué de pasada
que sólo por recuerdo de María
con alma enamorada
Juan Fernández servía
de criado á Roseta, la criada
de un criado de un Duque de Gandía;
siendo también una verdad probada

que si él la amó con sumisión completa,
por su parte Roseta
pagaba sus servicios con tesoros,
pues muchas veces con sus propias manos
ya le daba *alcuzcuz*, plato de moros,
ya *caballa* y *boniato* de cristianos.
Y un día en que Roseta,
que con calma aparente vive inquieta,
convida á Juan á manzanilla y luego
le da un plato de callos que echan fuego,
mientras él de Roseta la belleza
contempla enamorado como un loco
y se le va subiendo poco á poco
el vino y el amor á la cabeza,
Nelo, falaz como el traidor de un drama,
encima de la estancia de la que ama,
á Segundo en un cuarto introducía,
y dando fin á una horrorosa trama,
cuando éste confiado se dormía,
en vez del pobre esposo que vivía,
dejó un muerto acostado en una cama;
y dos horas después, Juan, conducido
con modos insinuantes
por Roseta hasta el cuarto maldecido,
lo encerró en compañía del marido
que Nelo asesinó dos horas antes.

VII

Turbado por el vino y casi inerte,
al caer sobre el lecho
Juan sintió junto al pecho
el hielo de las manos de la muerte.
Dudó, temió, palpó, y aunque embriagado,
en medio de un horrible desvarío
le hirió, al tocar á un hombre asesinado,
una descarga eléctrica de frío.
Juan, todavía incierto,
turbada la razón, si no perdida,
volvió á palpar, pero, al tocar al muerto,
sintió el horror más grande de su vida.
Y corriendo después hacia la entrada
para buscar salida,
encontrando la puerta bien cerrada,
puso, al ver imposible toda huida,
una cara espantosa de espantada.
Consigno mismo entre las sombras lucha;
de nuevo el lecho á registrar se atreve;
hasta el pulso en su sien se ve y se escucha,
y el muerto, que mueve él, cree que se mueve.
Y tomando el rumor de sus pisadas
por pasos sigilosos de un malvado,
toca el puñal por Nelo abandonado,
y con manos crispadas

lo coge, y defendiéndose, aterrado
da al muerto, por error, dos puñaladas.
Volvió á querer huir, pero no pudo.
Furioso, fué á gritar, y se halló mudo.
¡Va y viene y vuelve; y de sudor cubierto,
da vueltas como un loco rematado,
y después de girar, de espanto yerto
su cuerpo se quedó petrificado
y por fin cayó en tierra como un muerto!

VIII

Roseta en tanto el ondulante talle
en la nube envolvió de un negro manto,
y gritando «¡asesino!» con espanto
del Revellín alborotó la calle;
y aquella mal casada,
que sabe quién ha muerto á su marido,
llamando á Juan «¡infame!» á grito herido
quiere á Ceuta hacer ver que está aterrada.

IX

Delatado por Nelo,
fué preso Juan Soldado
por cierto capitán muy delicado,
que tenía más reumas que su abuelo,
héroe de tal fiereza
que á dejarse arrastrar por sus instintos
alinearía á un batallón de quintos
cortando á los más altos la cabeza.
—¿Es cierto que amas á Roseta?— Es cierto.
—¿Luego eres el que ha muerto á su marido?
—Yo juro— dijo Juan— que no he sabido
si he muerto á un vivo, ó asesinado á un muerto.
Así pregunta el mozo,
y así Juan le contesta;
quien después con la cara descompuesta
los labios se mordió y ahogó un sollozo.
¡Mas no pidió ni gracia ni consuelo,
presintiendo sin duda el desdichado
que hace ya mucho tiempo ha renunciado
al reino de la tierra el rey del cielo!

X

Un consejo de guerra,
tan discreto por mar como por tierra,
condenó á Juan Soldado,
porque encontró evidente
que, estando de Roseta enamorado,
fué el que, arrastrado por su amor impuro,
al marido mató cobardemente
á traición y además sobre seguro.

Así por el vil Nelo,
cobarde de una audacia calculada,
aunque no la del cielo,
la justicia del mundo fué engañada.
Y como nadie ve que Juan Soldado
traspira por los poros la inocencia,
que era un hombre culpado
fué de tal evidencia
que un General, sin letras muy letrado,
al firmar la sentencia,
exclamó de esta suerte:
— Siempre el mundo pecó por ese lado:
dilema del amor, ó tú, ó la muerte.—
¿Será preciso que inocente muera
el calumniado Juan? ¿Será preciso!
¡Y pues la ley falló de esta manera,
honremos á la ley que así lo quiso!

XI

Como suelen hallarse en las honduras,
el sol ya no penetra en las cabañas,
y del mar del Estrecho en las llanuras
hacen leguas de sombras las montañas.
Es la tarde en que Nelo
en la nave en que el vil contrabandea
desde el peñón de Gibraltar á Altea,
se embarcó con Roseta, cuyo duelo
es hoy tan grande, al parecer, que gime
como una esposa honrada y sin consuelo,
mientras Nelo, esta infame criatura,
ampara su orfandad, virtud sublime
que tanto ha bendecido la Escritura:
y los dos, ella triste, y él clemente,
juntos á Ceuta apresurados dejan,
por no ver fusilar á Juan Soldado;
y contentos se alejan
con angustia aparente;
mientras que, tristemente,
parece que hasta el sol, avergonzado,
por no ver lo que ve se hunde en poniente.

XII

De este modo Roseta con su amante,
afectando el dolor de esposa tierna,
salió para las costas de Alicante
dejando en Ceuta una tristeza eterna.
Y en mengua de lo humano y lo divino,
el pérfido asesino

partió amante y amado,
sin temor á la ley ni al fuego eterno,
porque dice un autor muy afamado
que acaba por vivir un condenado
como el pez en el agua en el infierno,
y ¡oh deshonra de la olvidada Astrea!
lo que hace aquí más grande el desconsuelo
es que hasta el mismo Altea
de Roseta y de Nelo
el viaje iluminó con luz febea
el Dios que con el rayo alumbró el cielo!

XIII

Después de confesar muy de mañana
á aquel gran homicida sin grandeza
un cura que llamaba con tristeza
su camisa de fuerza á la sotana,
muy cerca de la fuente
donde frecuentemente
toman agua las niñas casaderas,
fusilaron á Juan sencillamente
contra un seto de pitas y chumberas.
Murió ahogado en sus últimos gemidos,
y aunque la fe de Juan era tan viva
que creía que hay seres elegidos
que alguna vez se inclinan desde arriba
para echar una mano á los caídos,
fué infeliz su bondad de tal manera
que tuvo algún escéptico el recelo
de que en la hora de morir postrera
ni una sombra siquiera
se inclinó á recibirle desde el cielo.



XIV

Dejémosle morir á Juan Soldado.
Ya el Génesis decía sabiamente
que el hombre de dolores agobiado
no conviene que viva eternamente.
Nació y vivió inocente.
Fué bueno, y por ser bueno, desdichado.
Ayudó de su patria á la victoria.
Y aunque vivió tan útil como honrado
y creyó á pies juntillas en la gloria,
murió del todo, pues murió olvidado.
Aquí da fin la historia
del buen Juan, es decir, de Juan Soldado.

XV

¡Como en alma tan buena y tan amante
nadie ha visto una pena semejante,
por la salud del ser á quien más amo
juro que en este instante
moja el papel el llanto que derramo!
Y ya que hay en la tierra tanto duelo
que mi madre decía
que lo bueno del mundo es que hay un cielo,
porque, cual Juan, creía
que en el último día
todo el que sufre ha de tener consuelo,
¡mandad, Señor, puesto que estamos ciertos
de que es la vida una incurable peste,
que convierta á los pueblos en desiertos
ese día en que un hálito celeste
há de barrer los vivos y los muertos!



LOS AMORIOS DE JUANA

POEMA EN DOS CANTOS

A mi consecuente amigo el ilustrado literato Sr. Conde de Santiago.—CAMPOAMOR

CANTO PRIMERO

DE REY Á CORONEL

I

Con un amor fatal por lo ilusorio,
siendo en lo real más casta que Susana,
era un Don Juan Tenorio,
en la región de las ideas, Juana.
Muerta por fuera, aunque por dentro viva,
suele traer á la memoria el beso
su boca de salud provocativa;
y aunque grandes y abiertos con exceso,
son bellos como el sol, á pesar de eso,
sus ojos con caídas hacia arriba.

II

Vivía con honor de su trabajo,
y obrera incomparable en sus cosidos,
sabiéndolos volver de arriba abajo,
estrenaba diez veces los vestidos.
Es su casa un convento
donde, exceptuando el son de aquel acento

que habla más bien al alma que al oído,
la preciosa cartuja
no hace en su cuarto de labor más ruido
que el clava que te clava de la aguja.
Y cosiendo y soñando entretenida,
idealiza sus propias sensaciones
porque cree, como yo, que en esta vida
lo que hay más verdadero es ver visiones.
¡Ver visiones! Dios mío, ¿estaré loco
al presentir que me parezco un poco
á esas castas doncellas
tan llenas de ilusiones,
que malgastan su amor y sus pasiones
en la luna, en el sol y en las estrellas?

III

En esa edad tan bella
en que el amor se cae de maduro,
se empezó á ver en ella
la grave enfermedad del amor puro,
enfermedad tan grave, aunque tan pura,
que un día de parada
se quedó (y perdonadle su locura)
del Rey enamorada.